

## **HARTAZGO** de Ismael García Pérez

---

Todavía sentía una sensación inconsistente y cada vez más sutil y debilitada de empoderamiento. La esperanza se desvanecía cual copo de nieve sobre un campo mojado. Recordaba la determinación que había sentido en un momento que, a la vista del estado anímico actual, parecía lejano, pero que una persona objetiva, ajena a semejantes tribulaciones, consideraría próxima.

Eso es lo que quería: cercanía. Echaba de menos a los suyos. Sentía una soledad punzante y aguda en aquella ciudad fría y a tiempos sombría. Tan diferente a lo acostumbrado y tan ajena a lo que había soñado en el momento en que tomó la decisión errónea que creyó acertada.

No sabemos cómo se llama, pero sí que quiso huir de la sensación fuerte y opresiva de hartazgo que sentía en su día a día. Por su cuerpo afligido y pálido corría una sensación muy humana de miedo. Creía de manera solemne estar pagando los pecados de su inconformismo. ¿Tan mal estaba? ¿De verdad necesitaba tomar una decisión tan radical, rápida y precipitada? Las cuestiones martilleaban su cabeza y se abrían paso pese a la inútil e incapaz resistencia que ella, o él, pretendía ofrecer.

Trató de serenarse. Tomó aire de manera artificial, innatural, forzada. Se repetía de manera tan ceremonial como dubitativa que todavía era pronto para dejarse llevar por la desesperación de un infeliz primer contacto. Había aterrizado unas horas antes. Los nervios ya dejaban entrever el desasosiego que estaba latente en su interior, agazapado, atento a la mínima oportunidad para apropiarse de una ilusión y una calma falsas y agujereadas. La base que las sostenía se agrietaba sin piedad conforme el avión ganaba altura y se distanciaba de aquello que quería y que tanto iba anhelar: su familia, su ciudad, sus amistades. Su vida.

La decisión la había tomado por motivos laborales. Su insatisfacción crónica, enfermedad social que padece una parte considerable de la población, se había

confabulado con los problemas que impedían a esta persona tomar las riendas de su vida y disfrutar de aquello que hace feliz a cualquier mortal: pasar tiempo libre con la gente que se quiere, disfrutar de las aficiones o no hacer nada, sencillamente. Algo tan complicadamente simple como perseguido, cuestionado y censurado. Permitirse el lujo de aburrirse y de no producir no está bien visto en un mundo cada vez más frenético, individualista e interesado. La productividad guía nuestro día a día. Fue precisamente esa sensación de no llegar, de no cumplir, lo que provocó la decisión meditada, pero desafortunada, de romper con su vida por tener la sensación de que no podía dedicarle el tiempo que merecía. Su círculo más íntimo le reclamaba más atención. Sus aficiones evocaban de manera reiterativa e intrusiva las mismas palabras en su oído. Sin embargo, su disponibilidad se acotaba a las cuatro paredes de la oficina en la que trabajaba y a las obligaciones de todo animal: comer y descansar. Y hasta esto lo hacía mal. Comida precipitada. Sin mimo. Rápida. De supervivencia. Horas de sueño insuficientes.

Tenía la sensación de que la vida social, los planes improvisados y los ratos distendidos, agradables y pausados, tomando un café que se saborea hasta alargarlo al infinito, habían quedado relegados a un simple recuerdo de un pasado que condicionaba su relación con el presente. La comparativa era odiosa.

Sabía perfectamente cuándo había tomado la decisión. En realidad, lo hizo un día como cualquier otro. Igual que podría haber salido del trabajo, ir al supermercado, prepararse la comida para el día siguiente y quedarse inerte frente al televisor, no sin antes deslizar unas cuantas veces su dedo pulgar por la pantalla de su smartphone, actuó de manera intuitiva por primera vez después de mucho tiempo. A veces las decisiones meditadas se ejecutan en los momentos más insospechados e improvisados.

Y allí estaba. En la habitación más triste y minúscula de un piso compartido. Era una ciudad concreta que podría ser cualquiera. Pero no su hogar.

Con mayor serenidad, parece que el ejercicio artificial de respiración había funcionado, se sentó sobre la dura cama todavía hecha y pensó. Miraba fijamente a la pared. Un observador objetivo de la escena hubiera podido pronosticar que intentaba atravesar la pintura, el cemento y el ladrillo para ver a través del muro que

separaba su apartamento de un concurrido barrio de una ciudad cualquiera. Sin embargo, no prestaba atención a la pared. Ni a los objetos que rodeaban el angosto espacio. La luz débil que se colaba por la ventana de la habitación y que intensificaba su figura ofrecía a la escena una cierta aura de película. Pensaba. Por primera vez en mucho tiempo, lo hacía de manera neutra, como ese hipotético espectador ajeno a la situación que se valoraba.

Siempre se ha dicho que es importante tomar distancia y afrontar las decisiones y las situaciones que condicionan nuestra vida en forma de amenaza, miedo e incertidumbre con una distancia cauta, de seguridad. La distancia que se había tomado en este caso había sido física, literal y extrema, pero ahora lo tenía claro: iba a volver a casa, a su vida, a su hogar. Quería pasar tiempo con su familia, con su gente. Y no iba a dejar por nada del mundo que este sistema inhumano, individualista, medicado y suicida le impidiera ser feliz.